

en la creación de una obra de arte. ¿Y ello por qué? Porque el escritor que hay en un hombre se traga al hombre, porque el escritor se traga al hombre, y nace inmediatamente el egoísta, surge inevitablemente el egoísmo. Debo decir que este no es mi caso, aunque también debo decir que ha veces ha sido también mi caso, pero con su variante personal, porque yo siempre he sido dócil, obediente, poco agresivo, y excesivamente sentimental.

Pero volvamos a lo más general. El egoísmo se convierte en algo inevitable, porque el artista serio tiene que creer en la importancia de su arte. Pienso, francamente, que es parte de la dignidad de un escritor el creer que lo que escribe es importante y el escribir como si sus libros estuviesen destinados a perdurar. Y también por esto, por la posibilidad que tiene cualquier artista de convertirse en lo que se llama «un inmortal», es que me he negado a concebir su destino en términos trágicos.

Me he referido anteriormente a mi predisposición al conflicto y la contradicción. Creo que debo extenderme un poco más sobre este punto pues en pocas palabras no me es posible explicar en qué consiste esta predisposición. Se trata más o menos de lo siguiente: por un lado, he hecho hincapié en aquello de que el arte puede y debe distorsionar la moral pública y, por otro, no puedo negar que, llegado el momento de escribir, me he guiado mayormente o, mejor dicho, he seguido los requerimientos de mi vida personal, de mi vida privada, y no los de mi escritura. Ello podría explicarse por el interés que pongo siempre en la simbiosis, pero no es así. Creo que lo que logro hacer y lo que explica la forma en que resuelvo esta contradicción es el puente que trazan los elementos profundamente personales que están en tantas páginas de lo que he escrito. Y no estoy hablando aquí de una tendencia hacia lo autobiográfico. Estoy hablando de un estilo que se ha ido adecuando poco a poco, por una necesidad interior, al desorden de la vida, sin que por ello pretenda ser aquel autor que ha metido la vida en un libro, ni mucho menos aquél que ha alcanzado el ideal de Mallarmé de que toda la vida se acabara en un libro que la abarque toda. Más me interesa el ideal de Cortázar de que un libro termine en la vida, ese ideal intuitivo e ilógico de llegar a redactar algún día la vida misma como si se tratara de un libro. He comparado los libros y artículos que he escrito, las charlas que he dado,

las clases que he dictado: en el fondo se parecen enormemente, por haber sido trabajadas más con los nervios que con la inteligencia, más por caminos intuitivos e irracionales que por logros culturales. Por eso es que no puedo identificarme profundamente con las obras que son únicamente inteligentes o imaginativas.

No hay, en este sentido, contradicción, ni siquiera aparente entre mi oposición al arte puramente intelectual o imaginativo y mi implícita aprobación de una escritura personal. Y así creo que resuelvo día a día las contradicciones anteriormente mencionadas. Es decir, las resuelvo como tantos otros artistas porque me declaro responsable único de mis escritos y, lo que es más, responsable único ante mí mismo como hombre común y corriente. Mis libros no son un obsequio ni un tributo a un público que gusta de lo que escribo. Hay artistas que producen sus obras como quien se quita el saco para ponerlo sobre un charco de agua por el que va a pasar una linda señorita. Yo me quito el saco únicamente cuando hace calor. Me refiero a cuando escribo, claro está. En lo demás soy como los demás. Y peor todavía, porque a veces me gustaría quitarme el saco varias veces al mismo tiempo, con mucha emoción al mismo tiempo, también. Pero volviendo a la escritura, tras haber recuperado todos mis sacos, debo decir que prefiero dar un libro como un árbol da su fruto, y ello sobre todo cuando escribir se convierte para mí en una fiesta personal y en una necesidad fisiológica, casi como un sedativo, muy análogo al acto de amor. Escribir me ha salvado de más de una crisis, aunque luego me haya metido en otra peor. Eso qué importa.

Sé que esta lealtad a mí mismo y esta aparente falta de interés por las exigencias del público ha motivado que alguna gente me considere un irresponsable. Lo sería, tal vez, si no aceptara las ocasiones, como ésta, de explicarme. ¿Por qué no soy irresponsable? ¿Por qué he dicho que la falta de interés del público es sólo un problema aparente? Porque creo que el escritor, tal como lo he venido describiendo, y en particular el escritor que soy yo, sólo puede serle leal y fiel al público y a la crítica cuando es leal y fiel a su propio temperamento. Esta lealtad y fidelidad a mí mismo, a mis dudas y contradicciones, es para mí la más grande prueba de respeto que puedo mostrarle al público y a la crítica.

Ahora bien, me preguntarán ustedes en que consiste esta lealtad a mí mismo. Voy a explicarlo muy claramente. Significa, por ejemplo, no tomar partido en asuntos que aún no he estudiado a fondo, en asuntos que he dejado de lado por simple fruto del azar o por la validísima razón de que no le interesan a la persona que soy. Porque nadie podrá jamás hablar de algo que no le interesa, con sinceridad, aunque haya agotado todos los libros que tratan de ese tema. Consiste también esta fidelidad en no dárselas de enterado en asuntos sobre los cuales vacilamos. Consiste además no intentar guiar a nadie por senderos que aún no hemos recorrido o hacía objetivos que aún no todavía claros para uno mismo. Esta lealtad a sí mismo es respeto es respeto por el público y abarca, creo, todos los derechos de un escritor ante el público y la crítica.

Y esto me lleva al punto final. Es decir, a las obligaciones que tienen el público y la crítica ante un escritor. ¿Cuáles son? En primer lugar, acordarle el derecho a ignorar aquellos asuntos que no interesan a su yo profundo. En segundo lugar, no obligarlo a parecerse en un libro nuevo al escritor que fue en un libro anterior, puesto que si ha dejado de sentir y de pensar como antes, y sigue escribiendo igual, será obligatoriamente un escritor y un hombre que miente. En tercer lugar, no hacerlo sentirse impotente para la literatura y no creer tampoco que lo es porque está encerrado en sí mismo o porque está disfrutando de la vida en vez de estar escribiendo. En cuarto lugar no pensar que se ha convertido en un hombre desagradable porque nos sorprende con un libro totalmente diferente al que nos gustó la vez pasada, o porque nos suelta una inesperada puya. En quinto lugar, darle la libertad de guardar silencio cuando ignora un asunto. En resumidas cuentas, darle la libertad de seguir sus propios senderos porque son los únicos viables o correctos para él. Y creo que de esta manera, habiendo cumplido el público y la crítica con sus obligaciones, y también el escritor con las suyas, el vampiro inmoral del que hablé se habrá convertido en un hombre honesto, y el sofisticado mentiroso en un hombre que sólo dice la verdad, como decía Cocteau, y el escritor, venga de donde venga, en un hombre bueno, en el buen sentido de la palabra, como decía Antonio Machado©

